

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los ar-
tículos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio
postal interior. Lic. N.º 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

REDACCION: EDUARDO CARRANZA - ADMINISTRACION: A. DELGADO PLAZA

Volumen XXXVI — Bogotá, Octubre y Noviembre de 1941. — Nos. 355 y 356

Estética de la conquista

I

EL ARTE COMO REDENCION

La tarea del arte es tarea de redención. El pecado alejó de Dios al hombre, y con él a la materia. “La tierra será maldita por tu culpa”, son las palabras que inauguran la vida del género humano. Y la historia del mundo es, desde entonces, la angustia de la culpa y el anhelo de retorno a la fuente de vida. Dolor perenne y gozo redentor sólo cuando los proscritos logran ganar el amor divino. Y el anhelo del regreso hacia arriba palpita no sólo en el alma humana sino en la entrada de todas las cosas. Así se explica que la materia se integre de átomo en célula, de célula en organismo. No es éste sino pura ansia de retorno y de realización. Y ese es el sentido de la flor en la planta, del arte en el hombre.

Tomar la materia, unificar su heterogeneidad, rescatarla de su estado de castigo y transformarla llevándola a un plano de existencia trascendente, es decir, acercarla al Creador, es la máxima tarea del hombre. Con ello logra salvar lo creado en un arrebató en el que él mismo se salva. Tal es lo bello en su más alta expresión. Y cuando el arte ha logrado realizar este milagro, ha consumado la máxima cate-



ría de la belleza. Hombre y materia, sujeto y objeto, viven entonces la plena existencia del espíritu que no tiene épocas ni vicisitudes. Por eso el arte es eterno. Y por eso la estética es la más divina manifestación del alma.

Para alcanzar ese estadio, el hombre, la materia a través de él, han de recorrer un largo camino. Primero, conformarse con ignorar el milagro. Más tarde, sufrir la furia de la pasión desatada. Por último, tras de quemar con dolor y sufrimiento todo lo impuro, alcanzar la revelación de la mística. La historia misma confirma el derrotero. Miles de años pasaron después de la maldición del Paraíso, y durante ellos no pudo el hombre realizar la plenitud estética. Fue necesario que en la culminación de los tiempos el mismo Dios bajara al mundo, sufriera y derramara su sangre, para que la humanidad pudiera aspirar al milagro. Quemó en su carne y en su sangre Cristo las impurezas del hombre, y sólo hasta entonces pudo éste acercarse al Creador. Lo realiza en dondequiera que ha llegado el Evangelio, por medio de la religión en el campo de la conciencia; por medio de la estética, en su manifestación más alta, el arte cristiano, en el campo de la belleza. De aquí que la Era cristiana sea también la máxima etapa del arte.

Los estudios del espíritu para llegar al arte como salvación, dan origen a la división en arte apolíneo, dionisiaco y místico, según la fascinante teoría vasconceliana. Y los pueblos que las recorren se clasifican también según su manifestación estética, en donde ponen su verdadera esencia. En lo apolíneo no logra la materia salir de sí misma. Es una etapa en que, desconocido el arranque hacia lo alto, el arte se vuelve estático y tiende a degenerar, falto de nuevo impulso. Si acaso logra salvarse en pueblos que por gran cultura supieron vislumbrar el ritmo del siguiente período y lo renovaron. Se llega así a lo dionisiaco, en que el sentimiento puramente humano se apodera de la materia y le imprime a voluntad sus variaciones. Surgen así la danza, la tragedia, la música, expresando sentimientos y pasiones, ya no simple estatismo. Es como si se pasara de la línea recta que es rígida, a la curva, que es expresiva.

O del asombro mudo a la expresión del afecto, que es violencia y ritmo. Y hasta aquí puede llegar lo creado por

su propio esfuerzo. Y para dar el salto hacia la mística, precisa de la gracia y del milagro de la redención. Consumado lo cual, la belleza adquiere su pleno sentido: unidad de lo disperso, desde lo más alto a lo más bajo, relación íntima y amorosa entre lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño. Lo apolíneo y lo dionisiaco no desaparecen: simplemente cobran más alto significado, y sobreviven con nuevo aliento. Pues abandonados a sí mismos, a la sola fuerza de la rigidez y el sentimiento sin relación divina, están condenados a perecer como muere todo lo humano que no tiene injerto de eternidad.

II

DE LO APOLINEO A LO MISTICO

Una cultura en auge nunca ha sido vencida. Por el contrario, se ha impuesto. A la llegada de los españoles a América, nuestras culturas indias habían ya cumplido su ciclo. Y apenas habían logrado llegar a lo apolíneo. En Méjico, las cuatro culturas importantes, aztecas, tarascos, zapotecas y mayas, habían iniciado desde tiempo atrás su decadencia. No pudieron librarse de la esclavitud de la línea recta en la arquitectura. Monorrítmicamente se reproducen en los edificios las grecas, los cuadros, los rectángulos. Los mayas ya habían sellado su fracaso en la calzada de los "falos", monolitos que simbolizan la sexualidad desviada, infecunda. Sobre las gradas de los templos aztecas había demasiada sangre como para permitir la liberación de aquel arte hacia la expresión del sentimiento. El espíritu tenía como norma el fatalismo y la ignorancia del más allá. De allí la expresión espantosa de las grandes cabezas que miran con ojos vacíos, aterradamente abiertos, un misterio que presienten, pero que no llegan a vislumbrar. De allí también que el relieve y la escultura presenten invariablemente dragones, serpientes, monstruos, como los que pueblan la imaginación en una atroz pesadilla. La música, si así puede llamarse a la monotonía de un ritmo lúgubre, nunca pudo plegarse por ello mismo al sentimiento. Sólo en la poesía lograron escapar a la barbarie de una sociedad que tenía pactos de guerra con sus

vecinos para obtener prisioneros qué sacrificar, y devorar en orgías litúrgicas. Y ese soplo de ternura, ese hábito de sentimiento puro que se conservó en el alma del indio, a pesar del materialismo de su vida política y social, fue lo que le salvó y le permitió más tarde recibir la revelación.

Esto, el sentimiento estético del indio en lo que no estaba viciado, fue lo que aprovechó España para unir las culturas. La conquista, más que encuentro de armas, era choque de culturas. La una, la potente, la occidental, pudo muy bien haber destruído a la inferior y aniquilado su pueblo. Pero la conquista no era sajona ni oriental, sino española. Y llevaba la idea fija, la obsesión amorosa de la redención. Una cultura mística, cristiana, llegaba hacia otra apenas apolínea y ya degenerada, y le traía soplo de espíritu. Y de aquel arte indígena que estaba a punto de consumirse en sí mismo, desvitalizado, iba a sacar España, en fusión con el suyo, el prodigio del arte iberoamericano, síntesis de heterogéneos en la unidad del milagro.

De las cabezas monstruosas se pasó a la delicadeza de la estatua cristiana. De la tragedia de los ojos vacíos y de la sangre bárbaramente derramada, se pasó al drama divino del crucifijo, símbolo de revelación, de amor y de perdón. De la dureza rectilínea de los muros y de los techos planos, se llegó a las fachadas musicales y al gozo de la cúpula, que es cielo aprisionado. Sobre las ruinas de los adoratorios surgieron los templos cristianos de mística grandiosidad, muy distante de la majestad bárbara de los teocallis. Como que en ellos ya no se elevaba la ofrenda sangrante de los corazones, sino la blanca inocencia de las hostias. . . .

Se había consumado el tránsito estético. Y salvando el período de la pasión desatada, una cultura había saltado de lo inicial hasta lo místico. España había realizado así la obra de belleza más grande que hay en la historia después de la Redención, pues unificó lo disperso, —y lo disperso eran cien pueblos y un continente—, los rescató de su etapa preestética y, transformándolos a través de su genio, los incorporó a la vida del espíritu. Tal como lo hace el artista creador cuando vuelve goce y revelación los sonidos, el color, la piedra. Sólo que aquí el material eran almas.

III

EL CANTO DE LOS ATRIOS

Y la gran transformación no salió del cuartel, sino que se forjó en los atrios. La espada consumó la expiación necesaria. Luégo vino el amor, escondido bajo sayales pardos, y estableció sus reales en los atrios. Eran ellos grandes espacios fronteros al templo en construcción o a la iglesia de paja y adobes. Mientras se concluía la fábrica, los frailes reunían a los indios en aquellos claros, limitados con tapias primitivas. Allí los adoctrinaban, los instruían. De la necesaria dificultad del mutuo entendimiento, brotaba la armonía. Ambas lenguas, india y castellana, resonaban en los atrios buscando entenderse, ya no destruirse, como en la batalla. Luégo, a la sombra de los árboles del atrio, padrinos mudos de la conversión, se efectuaban los bautismos. Incansablemente se levantaba el brazo del fraile derramando el líquido bendito sobre las cabezas. Y al caer el agua sobre las cabelleras hirsutas, y al resbalar sobre las frentes morenas, iba borrando un umbroso pasado espiritual y esclareciendo las nuevas del alma. Los hombres principiaban a unirse por lo más noble, entregando los frailes su caridad sin límites, su cultura y su celo; recibiendo, en cambio, del indio todo lo que en él demostraba vibración del alma: belleza y angustia, dolor y esperanza. Y hacían así del sufrimiento prenda de salvación.

Y entonces desahogó el indio el caudal de ternura largamente contenido. Y con temblores de revelación fue trazando sobre los muros de los nuevos templos los motivos que su propia tierra le sugería. En la piedra quedaron para los siglos de los siglos, los testimonios del tránsito estético. Flora y fauna de América plasmadas por mano nativa en homenaje de ternura a un Dios que no pedía sangre ni odio, sino buena voluntad como condición para dar la paz. Así brotaron los templos del siglo XVI, matizados de ingenuidad, melancolía y esperanza. Y así brotaron también la música y el canto, cuando las gargantas broncas aprendieron la mística sencillez del gregoriano.

Y la industria, y la vida civilizada, y el nuevo orden social, tuvieron su germen en el atrio. Ya sea como en Tenochtitlán con las escuelas de artes y oficios que estableció Pedro de Gante en el atrio de la iglesia de San Francisco al día siguiente de la conquista; ya como en Michoacán donde Vasco de Quiroga organizó su República de los Hospitales fusionando el hospital y el atrio; ya, en fin, como Margil y Junípero Serra que rasgaron con los atrios la barbarie de lo que hoy es el sur del país yanqui. En ellos se realizó el preludio de la nueva vida bajo el signo de la Cruz; en ellos nació, fecundada con el agua mansa del bautismo, arrullada con rumor de oraciones, vigorizada con doctrina católica, la Hispanidad gloriosa; y en sus recintos también se originó esta vida de Hispano-América que rehusa ordenarse conforme al silbato de la fábrica o al úkase del dictador, y que ahora, como entonces, se rige por la campana y el Angelus.

Fueron los atrios fuentes de bien y de cultura. Primeras Universidades de la Hispanidad.

IV

PIZARRO Y LA CATEDRAL

Tiene Lima un símbolo magnífico de la Conquista como redención. En el atrio de la catedral, dominando el claro luminoso de la Plaza de Armas, se levanta la estatua ecuestre de Francisco Pizarro. Es la iglesia blanca, sencilla en sus muros desnudos, deslumbrantes de sol. Y, en fuerte contraste, la estatua negra yergue su firmeza sobre el fondo de la grácil portada barroca. Tiene en la diestra Pizarro su gloriosa espada; refrena con la izquierda el paso majestuoso del corcel. Es así el Conquistador, cuatro siglos después de su epopeya, guardián de la gran obra que simboliza el templo: cultura y tradición, espíritu y esencia. El, el guerrero, frente a la catedral, nos dice que la espada y el brío en el fragor de la conquista, sirvieron para abrir la brecha. Pero que la esencia de la obra de España es lo que venía después: El mensaje cristiano, la redención de los pueblos. Redención que, si costó la sangre de un Dios, con más

razón ha de costar sangre a los hombres. Y si éstos han de estar siempre blandiendo las espadas los unos contra los otros, al menos que los brazos se armen para defender y aumentar el reino del espíritu y de los valores eternos. Sólo así se ennoblece la sangre derramada y se dignifican las heridas abiertas en el corazón de los pueblos, pues también hay conquistas que destruyen y desgarran naciones, para convertirlas en factorías, o para servir la ambición de falsas superioridades raciales. Y tales invasiones nunca encontrarán justificación. Porque no llevaron al vencido ningún mensaje trascendente, ni tuvieron valor de redención. Fueron por materia prima y por esclavos. Y España vino por hombres a los que compensó la entrega de su mundo nuevo —tierras y océanos— con la revelación de otro mundo, nuevo también en el orden del espíritu. Y bien vale el cambio.

En cada uno de los trozos de América que conquistó España, sembró semilla de naciones. No podrán decir lo mismo otros países que también han sido conquistadores. O si lograron engendrar una nueva nación, no podrán mostrar en ella el abrazo de las razas, porque destruyeron a los vencidos. España entregó su sangre y su alma y recibió también la sangre y el alma del indio. En la Conquista, ni se desdibujaron las fisonomías ni se perdió la personalidad de los pueblos sojuzgados. Se fundió, que es distinto. Por algo la raza es morena.

Tarea de unidad fue la de España. Antes de ella, América no tenía sentido como Continente. Montañas y valles, ríos y océanos, eran límite y división. Después, fueron puentes y lazos de unidad. En las brumas de las leyendas aborígenes vivían, si acaso, los recuerdos que unos pueblos tenían de otros. Y, si por casualidad se encontraban alguna vez en la vasta extensión del continente, sólo sabían pelear y sojuzgarse para ofrecer a unos trozos de piedra que eran dioses, corazones de hermanos. O para establecer un absoluto dominio político. Pero sin dar nueva luz a los espíritus.

Con España, América adquirió sentido de unidad geográfica y humana. Se descubrió que América era una sola tierra. Y que los Andes y las Sierras Madres eran su común espinazo. En lo humano, las razas y los pueblos supieron de

sí. Una misma lengua resonó en las mesetas de Anáhuac, en las cumbres andinas, en las selvas y en las pampas. Y en todo el territorio, desde el Norte hasta el Sur, brotaron altares en los que cien pueblos antes distintos adoraron a un solo y mismo Dios. Había llegado a la nueva tierra un nuevo mensaje. Y, a su conjuro, había nacido para el mundo un continente.

Por eso es grande y bella la obra de España, porque fue tarea de unidad. Y por eso, con derecho de historia, en una síntesis magnífica que debería reproducirse en los atrios de todas las catedrales de la América española, el conquistador, cuatro siglos después de su epopeya, custodia el símbolo de América, que es la iglesia y el atrio. Que es el catolicismo. Y su espada desnuda, marcialmente blandida, encarna la decisión inquebrantable de la Hispanidad de defender la esencia católica de su sér contra todos los ataques. Que no son ya de escuadras ni de ejércitos, sino de ideologías. Y que suelen llamarse protestantismo, liberalismo, marxismo, nazismo.

La espada de Pizarro es nuestra fe.

CARLOS SEPTIEN GARCIA

